

GLOSARIO DE REVISTAS

Wells cree en el fracaso de la civilización

Recientemente fué entrevistado el novelista e historiador inglés H. G. Wells por un inteligente periodista, Beverley Nichols, que ha resumido su conversación con el genial escritor en un artículo que con justicia ha llamado la atención de la opinión europea. Este trabajo, reproducido abundantemente por la prensa del viejo mundo, merece ser conocido, siquiera en parte, por nuestros lectores.

He aquí cómo empezó el periodista su conversación: «Si se fundase un periódico destinado a los conocimientos generales y capaz de circular por el orbe entero, probablemente le nombrarían a usted el *factótum*. ¿Aceptaría usted?»

«Wells movió dubitativamente la cabeza.

«—¡Oh! No; no lo creo en modo alguno. Sería cosa divertida el ensayarlo. Arnold Bennet lo haría muy bien. Y Gilbert Murray, desde luego. Fulano (aquí nombró a una figura

muy discutida en el mundo literario) podría contestar a todas las preguntas que se le hiciesen y mostraría una colección única de muletillas escolares. Pero, de todos modos, ¿qué es lo que entendemos por «conocimientos generales»?»

Luego el novelista agregó:

«—Veo cómo aumentan los conocimientos humanos y cómo aumenta el poder del hombre. Veo las posibilidades de la vida en perenne aumento, y no veo la posibilidad de ponerles un límite. La existencia me impresiona como un perpetuo amanecer. Nuestras vidas, tal como yo las comprendo, nadan en la expectación.

«Nuestras vidas nadan en la expectación». Buena frase. Tiene la frescura de la juventud, y es tanto más notable cuanto que viene de un hombre cercano a los sesenta, un hombre que no titubea en pensar que él, y todo el resto de nosotros, estamos viviendo al borde de toda clase de desastres imaginables. Esto, por supuesto, se sabe ya por sus obras; pero

impresiona aún más cuando se le oye decirlo a él mismo y se le contempla curvado, con el cuello inclinado, recogido como un resorte pronto a distenderse.

«—Creo que la civilización va a fracasar—dice en voz baja—. En verdad, sé que un gran crujido se acerca; por lo menos en la medida humanamente posible de saberlo. Hemos llegado al momento de una revisión completa de los sistemas políticos de Europa y a un nuevo ajuste de ellos, así como a una revolución moral e intelectual igualmente completa. Bueno. Este es un negocio gigantesco, un asunto colosal. Pero no creo que sea una cosa imposible. No creo, por ejemplo, que vayamos a recaer en la barbarie, como algunas gentes creen, con un vasto decrecimiento de la población y una reversión a los primitivos modos de vivir. No veo que haya de ocurrir así; pero...»

La conversación entra en seguida al terreno de los libros, grato tema para quien ha escrito y tan bellos:

«Sostengo que existe un gran futuro ante el libro del tipo serio, no novelístico, de discusión científica y sociológica, con tal de que esté escrito de un modo interesante. Esta clase de libros está cada vez más solicitada por el público. Tengo alguna experiencia en la publicación de novelas tanto como de libros no novelísticos. He

discutido siempre la idea de que la novela sea el mejor artículo del mercado. Cuando escribí «Anticipaciones» encarecí a los editores que considerasen que ese libro tendría una venta comparable con la de una novela popular, y que la tirada debería estar de acuerdo con esta idea. Ellos no se convencieron. Sólo se tiraron dos mil ejemplares de la primera edición, y la rapidez de su venta los sorprendió, agotándose el libro en una semana aproximadamente.»

Y más adelante:

«La lectura de las novelas —terminó diciendo Mr. Wells en una actitud reflexiva—debe dejar de considerarse como un mero pasatiempo. Eso estaba muy bien en los días de la Reina Victoria, cuando los lectores acostumbraban a dejar que la intriga de la novela desarrollase su corriente en momentos de cansancio. Era una cosa que caía tan fuera de ellos, que si se preguntaba de improviso a un lector de novelas típico de aquella época por la que estaba leyendo, lo más frecuente era que apenas pudiese decir quién era su autor. La lectura de las novelas caía muy por fuera del lector; era una cosa que tenía muy poca relación con la propia vida del que la leía. Hoy estamos menos satisfechos con nuestra manera de vivir, y buscamos en ellas más sugerencias y com-

paraciones; las novelas se han hecho una parte integrante de las actividades de la vida, y dejan de ser un modo de escapar a ellas. La novela moderna que es digna de ser leída queda absorbida como una parte del propio «yo» del lector.»

El periodista termina así su interesante entrevista:

«La entrevista había terminado. Al dejar al gran escritor pensé en sus días tempranos, en su clase de colegial primario, en sus diplomas del Real Colegio de Ciencias, en su título de bachiller en Ciencias zoológicas, y recordé la explosión de novelas científicas que iluminaron las indolentes sombras del fin de siglo. Recordé aquella curiosa mixtura de sueños y de sentido común: «Una utopía moderna», su propaganda socialista, tan intensamente personal; las guerras que predijo antes de la guerra; las paces que soñó mientras la guerra duraba, y, finalmente, la historia de la humanidad que Wells meditó después de la guerra, arrellanado en su sillón, mientras que el espectáculo de la Humanidad, presidido por el hombre Neanderthal, desfilaba con precisión perfecta en el asombroso cerebro de Wells, mientras el Támesis corría al otro lado de la ventana murmurando: «Los hombres vendrán y pasarán, pero Wells permanecerá eternamente». —S.

Un muerto ilustre: Sir Edmund Gosse

Recientemente ha fallecido en Londres el prestigioso escritor inglés Sir Edmund Gosse. He aquí la nota que la revista londinense *The bookman*, consagrada, como su nombre lo indica, exclusivamente al movimiento de libros, dedicó a Mr. Gosse:

«Uno de los pocos lazos que nos quedaban de la época victoriana se ha roto con la muerte, en el último mes, de Sir Edmund Gosse. Nació en 1849 y publicó su primer libro—un libro de poemas, *On viol and flute*—en 1873, cuando casi todos los grandes escritores victorianos, excepto Thackeray y Dickens, vivían aún y trabajaban. Publicó sus poemas coleccionados en 1911, y no hemos tenido ningún nuevo libro de versos suyos después de esa fecha. La historia de sus primeros años está contada en *Father and Son*, biografía rigurosamente verídica y encantadoramente simpática de su padre, el eminente zoólogo Philip Henry Gosse. Desde su niñez, como cuenta en esta biografía, Edmund Gosse se consagró a su oficio; pero antes del fin de *Father and Son* separóse de su camino y en Londres, cerca de los veinte años, estuvo buscándose a sí mismo y hasta inició una carrera distinta. Llegó a ser